



Hubo más ambiente en el graderío, pese a que no hubo una gran entrada, que lo que se vivió en el terreno de juego.

Ni ruido, ni nueces

Escaso ambiente en el Cultural-Ponferradina

Texto: Roberto Arias y Miguel Ángel Zamora // Fotos: César

Esto ya no es lo que era. Antes, el día anterior al partido, incluso toda la semana anterior al catalogado como choque del año en León o Ponferrada, tenía otra historia. Ahora, esas cosas de la decadencia, y demás cuestiones menesteres, hacen que ya ni siquiera las confrontaciones provinciales entre blanquiazules y blancos sean lo que eran. Se nota en la calle, se palpa en los centros neurálgicos del fútbol provincial. Es materia palpable, en definitiva, y no hay más vueltas que darle. No merece la pena. Es perder el tiempo inútilmente, y desde luego, cada año queda más claro que el capricho del bombo es el que se encarga de dar o quitar taquillas. Unos años les toca a unos, y otros al que queda, pero es más patente cada vez que el choque de vuelta es más simbólico que tangiblemente necesario. En fin, disputar una vuelta de encuentro ante el «eterno» rival, es salir a dar un paseo por el resto de la geografía.

Una hora antes del partido, ya se había cocido todo el garbanzo que tenía el guiso de turno. La llegada de los dos grupos radicales asignados a cada equipo fue la única historia capaz de dar a contar algo. Llegaron los del Bierzo cantando lo de siempre, en rutina habi-

tual y poco novedosa, y del mismo calibre fue la contestación de los culturalistas que, lo más manijado que tuvieron para echarse a la garganta, por aquello de la actualidad es lo de «Ahí están, esos son los que sacan el carbón». A través de los muros del vistoso escenario del partido, se intercambiaron lindezas variadas, y para cuando el grueso de los espectadores se decidió a acer-

carse hasta el campo, ya no quedaba más copla que entonar. Ni siquiera los radicales son lo que eran ya tampoco, aunque es cosa de agradecer esta. Por mucho que se diga, a costa de repetir, lo del civismo va calando. Que se note.

La que no estaba muy de acuerdo con la batallita de turno era la laboriosa propietaria del bar de tribuna. Se cogió un cabreo de con-

siderables dimensiones, «porque no sé para que andan diciendo que en los bares de los campos no hay que vender bebidas alcohólicas si luego toda esta panda ya vienen borrachos del viaje». Cada cual arrima el ascua a su sardina, y en los tiempos que coren, desde luego, no es para menos. Un directivo de la Deportiva trataba de arreglar un poco la cosa: «Yo también soy de León,

a mi no me cuente historias». Y además no mentía.

Luego, al final, el cariz de los acontecimientos ya cambió bastante. Los chicos se subieron a la parrá, y más teniendo en cuenta que su equipo había conseguido una victoria moral. A los de casa se les ocurrió que eso de que vayan a chularte a domicilio no está bien, y se montó. Tuvo que poner remedio la Policía Nacional, y por aquello de que la letra con sangre entra, a más de uno le calentaron el trasero entre la contundencia y la benevolencia. Los del orden público tenían ganas de irse a casa, y a los blanquiazules el punto les había puesto cuerpo de jota. Dentro de lo que cabe, ni se portaron mal, ni pasaron desapercibidos. Otras veces, ha sido peor. Dentro de poco, los habituales partidos tan típicos antes entre gitanos y Guardia Civil, tendrán relevo, y los jugarán los «nacionales» y los radicales. Los tiempos están cambiando. Escoltados, cada oveja a su redil, y hasta el año que viene, tranquilidad.

Luego, por no haber, no hubo ni comentarios. Delirio regaló declaraciones a diestro y siniestro para los informadores, y entre sonrisas y sonrisas, recordó que su colega Paco Suárez no se había dejado ver. El empate le puso un poco más de fiebre. Estaba enfermo.

Echar leña al fuego

Andan las autoridades deportivas a vueltas con los buenos comportamientos de los aficionados en los recintos de juego, y lejos de entenderlo del mismo modo, quizá por que crean que es guerra que no les viene esa, componentes del banquillo de la Ponferradina, entiéndase O'Donnell o Luismi, entretuvieron los prolegómenos de la contienda en espolear los ánimos, de por sí fácilmente susceptibles de fervor, de los radicales que acompañaban a los bercianos. La actitud en sí, de por sí no muy bien vista, por aquello de ser preferible obviar al público, tiene un agravante: Mientras la Policía Nacional hacía todo lo posible por dejar las aguas cuanto más mansas mejor, los jugadores conseguían un efecto contrario.

De por sí, O'Donnell es ya toda una institución entre los componentes de estos grupos. Incluso le han dedicado una canción y todo, pero no es este

probablemente el mejor pago que se les pueda devolver, sobre todo, porque cuando se pone crudo, no son los futbolistas los que se llevan los porrazos de los de uniforme. Los chavales no lo saben, y los otros, parecen ignorarlo. No repetirlo, por favor.

Además, es simple y llanamente una forma más de echarle un poquito de leña a un fuego que, cuanto antes se extinga, mas beneficio reportará a un espectáculo que se muere por momentos fuera de los terrenos de juego. En vísperas de la cita provincial, no faltó quien excusó su asistencia al partido apelando a la seguridad personal. Debería dar que pensar mucho más de lo que a veces parece que se hace. Una cosa es libertad y otra diferente libertinaje. El derecho propio acaba donde la obligación comienza, y si algo es digno de respeto, eso es el civismo. En fútbol, también.